



Ideal Juvenil

SEMENARIO DE LA JUVENTUD SOCIALISTA

Trabajo pide el obrero

¿Qué menos puede pedir el obrero sino trabajo? ¡Pues no se le dé!

Tenemos un grave problema pendiente a resolver con muchísima urgencia, con tanta, que inmediatamente debiera poner manos a la obra el gobierno, para evitar el hambre, y por consecuencia la muerte prematura de muchas infelices criaturas.

Porque no es justo, ni lógico, ni humano que sobre productos a montones y el hambre y la desnudez se ensiforeen de miles de hogares proletarios; que habiendo todavía tanto derroche por parte de los privilegiados, derroche que bien administrado sobraría para satisfacer todas las necesidades existentes hoy en España como en el Mundo entero.

Las gentes acomodadas ponen su grito en el cielo al ver que nuestros ministros socialistas quieren llevar a la

«Ley Práctica» un poco de justicia; y les combaten por todos los medios: en la prensa, en la tribuna y en cuantos sitios disponen para ello. Pero nosotros les decimos que no se estrañen ni se alarmen, pues lo que se está haciendo en las Contituyentes, no es «Justicia completa. ¡Como ha de ser! ¡Falta mucho todavía por hacer, mucho! Porque, que en nombre y representación de Dios se inviertan millones en las prácticas de culto, es inconcebible; que igualmente se haga con respecto a la construcción de buques y armamentos de guerra, también es increíble, fratricida y antihumano; que habiendo tantísimos brazos ansiosos de trabajar; que hayan extensísimas dehesas sin cultivar, que podrían dar un rendimiento considerable por ser eminentemente fertilísimas; que hayan de ir todavía en pleno siglo XX los habi-

tantes de muchísimos pueblos de España por sendas escabrosas; propicios a romperse el bautismo, en busca de los mercados para abastecerse de lo más imprescindible para la vida por no haber medios de comunicación, también es inconcebible. ¡Y si de ver cómo se pierden las cosechas se trata, aquí no hay apelativo que pueda aplicarse si pensamos en el pobre labrador que con tanto esmero tiró la semilla, viendo desolado y entristecido como se pierde el trabajo que tantos sudores le costó, pensado que con las aguas que entran continuamente en el mar podrían remediarse estas calamidades!

Piensen en todas estas cosas los pudientes, los que disponen de los medios de trabajo; despréndanse del egoísmo que los envenena y conduce a proceder con tanto odio contra sus hermanos los pobres, y no den lugar con su conducta a que sobrevenga un cataclismo. ¡Háganlo en bien de la Humanidad entera que redundará en provecho nuestro mismo!

¿Pues qué opináis, burgueses? ¿Acaso que la Humanidad o sea su inmensa mayoría se va a dejar morir sumisamente como en los tiempos de la esclavitud y del feudalismo? ¡No, esa es una aberración criminal! ¡Desechad! pues de lo contrario el pueblo que sufre y trabaja, harto de aguantar injusticias, se lanzará desesperado en busca del pan de que carece y no repare ni ante vuestras vidas ni las de ellos mismos, y por muchos esfuerzos que entonces queráis hacer, serán baldíos.

Los socialistas no queremos ni aconsejaremos la violencia sistemática, pero si el trance por la vida se hace imposible de sobrellevarlo, nos lanzaremos a la revolución Social y Humanista la que al fin redimirá al trabajador de la esclavitud y miseria en que yace. Dad trabajo y pronto, que el hambre no tiene espera.



Folletones de «IDEAL JUVENIL»

A NUESTROS LECTORES

Empezamos en este número a publicar las bellas lecciones que contiene el libro «OBRAS», de nuestro inmortal Meabe. Pueden nuestros lectores ir las coleccionando para de esta forma, reunir un precioso volumen como es el folletón que nos proponemos publicar.

EL MAL

POR TOMÁS MEABE

«Dios» siempre ha existido—dicen los católicos, los protestantes, los judíos, los mahometanos y los creyentes de otras religiones.

¿Y el «mal»?

El mal siempre ha existido. O no ha existido siempre.

Si ha existido, ¿en *quién* ha existido?, ¿en Dios?

Porque si Dios y solo Dios ha existido siempre, el mal solo en Dios ha podido existir siempre. No había más *quién* que Él.

Pero si el mal existía en Dios, Dios era imperfecto, y siendo imperfecto no era DIOS.

En el segundo caso, si el mal no siempre ha existido, ¿de *quién* nació primero?, ¿quién lo creó? ¿Dios?

Dios mismo tuvo que ser, pues Él lo creó todo. Él hizo todo de la nada, según se nos dice. Y como en la nada no existía el mal y en lo creado por Dios existe el mal, Dios fué, pues, quien creó el mal, de la nada.

En lo que creó, creó el mal, y el que crea el mal no es bueno y no siendo bueno no es perfecto, y no siendo perfecto no es DIOS.

Haya o no haya existido siempre el mal, resulta, pues, que su responsable no es el hombre, sino que es Dios, tal como nos le presentan los católicos, los judíos, los mahometanos y muchas otras religiones «reveladas». Y lo mismo puede decirse del Dios más impreciso de los deístas puros.

Pero si el mal no ha nacido de Dios ni de nadie sino de sí mismo, lo cual es imposible, porque solo Dios dicen que existía en todo; y existiendo en todo, solo de Él podía nacer o en Él podía estar; pero, en fin, aun en este caso imposible, ¿como puede ser que Dios consienta el mal, pudiendo, con solo querer, suprimirlo?

Tampoco por aquí aparece Dios

Insistamos. Cuando el autor de todo lo creado creó una criatura que había de ser mala creó, pues, el mal. Hizo, pues, una cosa mala. Cuando lo mismo le hubiera costado hacer una buena, hizo una cosa que, según Él mismo, había de merecer castigo eterno. Por consiguiente, el Creador es el único culpable del mal.

Si yo, pudiendo hacer una obra sin defectos, la hago con defectos, el culpable soy yo, no la obra.

Eso de la «libertad» de que nos hablan los teólogos es una palabra humana, muy humana, que en nada cambia la esencia de la cuestión. Si la obra cae porque yo, arquitecto, le dí la «libertad» de caer, cae por mí, sobre todo si se la dí *a sabiendas de que caería*.

Un ejemplo: Dios, *que sabe cuanto va a ocurrir*, sabía al crear a los ángeles que unos serían buenos y otros malos. Pudo, ya que todo lo puede, hacer que éstos fuesen también buenos, como los otros; o, sabiendo como sabía que iban a ser malos, pudo *no crearlos*. Sin embargo, los creó. ¿Para qué? ¿Para qué fuesen malos? Pues en ese caso los tales ángeles, siendo malos, siendo demonios, no hacían sino obedecer a Dios, o ser como Dios los hizo.

Otro ejemplo: Dios, al crear al hombre, sabía «perfectamente» que el hombre iba a pecar, y para más seguridad dejó que los demonios hechos por Él, tentasen al hombre. Luego ¿para qué lo creó? ¿para qué, efectivamente, pecase?

Si yo, padre, puedo evitar que mis hijos sean malos, sean, verbigracia, fratricidas como lo son los hombres en esta guerra de hoy, y no lo evito, porque no me da la gana evitarlo, y todavía les arrojé a unas ilustres hormigas, ¿qué soy yo? Y mis pobrecitos hijos, ¿qué son? ¿Ni qué consigo yo con verlos siempre tostándose?

Pues esto se le atribuye a Dios. Verdaderamente un Dios así, la única disculpa que tiene es que no existe.

«Dios—decía un sabio—quiere impedir el mal y no puede; o puede y no quiere; o ni quiere ni puede; o quiere y puede. Si lo quiere sin poderlo, no es todopoderoso; si lo puede y no lo quiere, tendría una malicia que no cabe atribuirsele; si ni quiere ni puede sería a un tiempo impotente y malo; por consiguiente, no sería Dios. Y si quiere y puede, ¿de dónde, pues, viene el mal? ¿Por qué no lo impide?»

Mientras llega, o por mejor decir, mientras no llega la respuesta, digamos de la Teología: «¡La sombra del lacayo de Scarron limpiando con la sombra de un cepillo la sombra de un carruaje!»

(Continuará)